

Babel

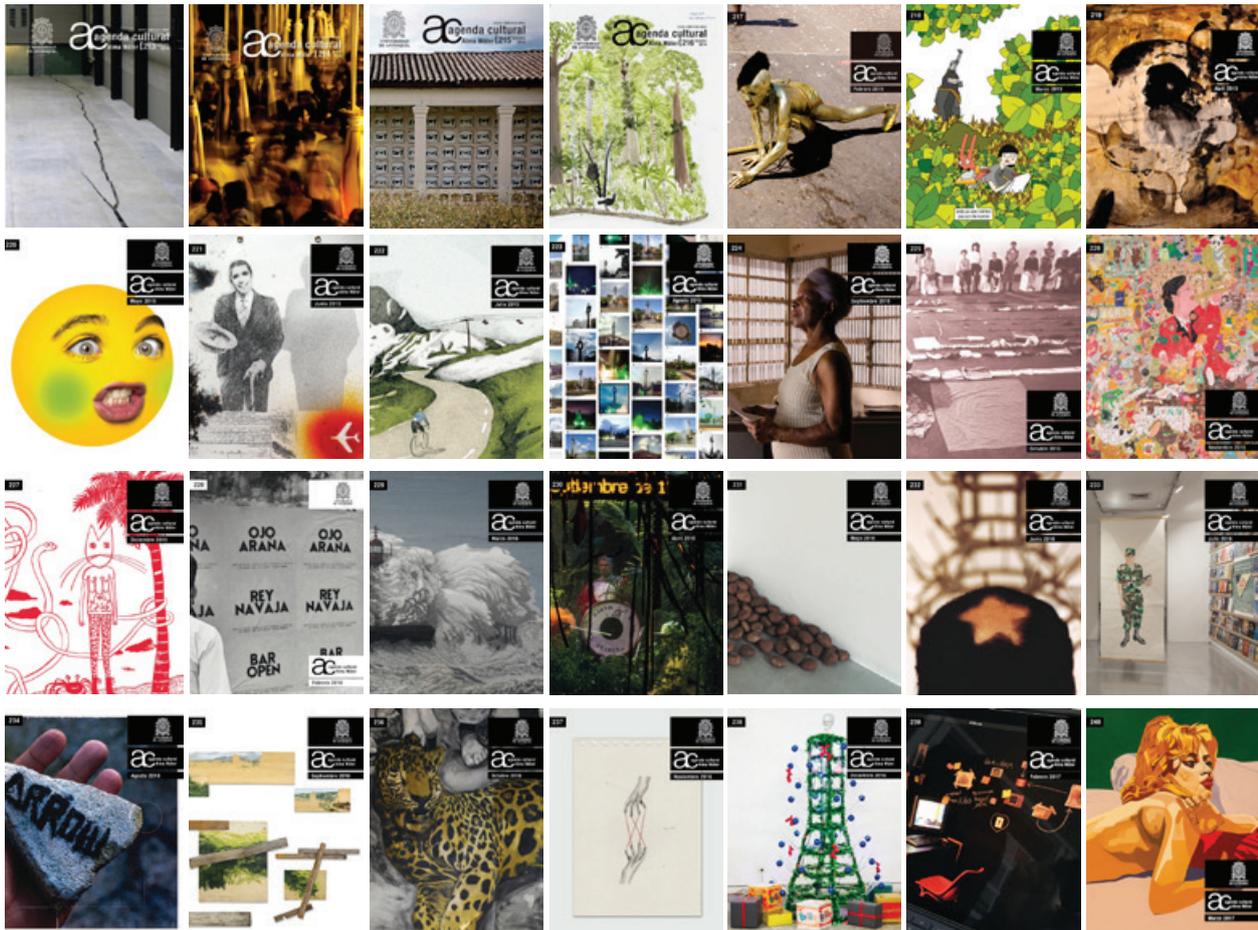
Víctor Bustamante

Una revista entrega la certeza de poder indagar y expresar lo que se busca, ya que otorga, en su lejanía, esa afirmación a veces plausible de que somos libres como pura vanidad, ya que a la hora de ciertas verdades merodeamos presos en la atmósfera habitada. De ahí que cada una de las revistas pretenda llenar lo que se llama un vacío que no es más que lo que sus directores y editores creen que haga falta en esa comunidad, mejor, cofradía de amigos que anda en pos de la palabra escrita. Una revista quiere expresar lo inexpresable, dar su carta de presentación, su lugar, en esa biblioteca que se forma cada día con las palabras escritas. Palabras que reflexionan, palabras que, al plasmarlas, ya sean manuscritas o mecanografiadas, en la pantalla o impresas en el papel, se han deslizado desde el pensamiento y permiten que alguien exprese ese algo que lo embarga, que lo aparta del instante mismo, ya sea un poema, ya sea un cuento o un ensayo.

Las revistas locales expresan más que todo a una generación que desea dejar una huella en ese palimpsesto sucesivo que es Medellín; esas revistas son las pisadas que donan esos transeúntes que son los escritores. Al leerlas, las revistas literarias enseñan la diversidad de narradores, poetas y ensayistas, de presencias, a veces lejanas, y se cargan de preguntas cuando se abren a la creación. Las revistas pronuncian ese instante que persuade, ese instante demoledor, ese instante en que alguien reflexiona o sueña y que, de todas maneras, al expresar a sus escritores, también son el sino y el sinónimo irremediable de esa utopía de esa hemeroteca que, por supuesto es la ciudad, y, sobre todo, están cargadas con ese catálogo de lecturas y escrituras errantes que se indagan. Si una fotografía o el cine muestran a las per-

sonas y al paisaje de la ciudad en un momento específico, lo exterior, las revistas enseñan lo interior de esa sociedad; es decir, de quienes se decidieron a pensar. Ambas manifestaciones pueden dar la idea de cómo eran nuestros antecesores, que fueron el comienzo, para saber cómo somos en la actualidad y que ahora, al editar y programar una publicación, seguimos su huella sin darnos cuenta de que somos el vestigio de los días que vendrán, con la osadía y también con el celebrado principio de esperanza, para que quienes nos acompañan, no sean lo que Pascal definió como un junco pensante, sino testigos con una actitud muy definida.

A comienzos del siglo pasado, algunos escritores crearon diarios o se nutrieron de ellos, y cuando ya se consolidaron, muchos fueron expulsados de sus páginas o se les recortó su papel protagónico. En un comienzo, en *El Espectador*, en 1920, se turnaban la publicación de textos entre Ciro Mendía, León de Greiff y otros poetas para recibir sus cinco centavos de pago. Luego los periódicos crearon suplementos literarios como si fueran revistas. En ese lapso, las pocas revistas continuaban su curso, pero ya cerradas las páginas de los diarios a las críticas y reseñas, a los ensayos y cuentos, solo perduran los políticos con sus opiniones cambiantes. Los diarios cerraron sus páginas a los poetas y a los cronistas, porque a alguien se le ocurrió decir que ya pocas personas leían. Además, perdíamos la inocencia al saber que los diarios eran, son, botines de poder que no estaban dispuestos a publicar a escritores con obra o sin obra que no fueran cercanos a su círculo. Un ejemplo magro y desconcertante, “El periódico de todos y para todos”, según su eslogan, no quiso admitir a otros escritores



por estar empeñado en perpetuar el carriel, la mulita y los espantos. Para apartarse de esa concepción se crean no solo *Babel*, sino otras revistas de poesía, de ensayo, de cuento, para poder subsistir sin menospreciar lo que realizamos, ya que un escritor existe en la medida en que comparte, discute y publica sus textos. La hora de Emily Dickinson acunada en su silencio, no era nuestra hora; Karl Kraus aguerrido y crítico, leal y humanista, nos invitaba a seguir su camino.

A pesar de ello, las revistas nacen y perduran; perduran en su fragilidad, en su quimera de reconciliar la literatura con la creación, ante la indiferencia con la palabra misma. Las revistas se asoman a la realidad de la ciudad de una manera muy peculiar ya que encuentran detalles que la particularizan, sin cortapisas, des-

de esa gran lejanía, y eso sí con desobediencia para alejarse del canon establecido. Esa diversidad es sinónima, no de angustia, sino de abrir otras puertas para que la escritura no prosiga en pocas manos.

Todos quienes escribimos o editamos una revista somos los transeúntes de esa *calle mayor* descrita por Sinclair Lewis en el sentido de que, al caminar y trasegar por ese cuadrivio de aceras y más calles que forman la ciudad, encontramos al fijarnos, al conversar, esas historias, ese poetizar, esas reflexiones sobre algo determinado. Y ese algo determinado lo compartimos al escribirlo y al alojarlo en una publicación. También una revista infiere qué significa perdernos en esa calle de un solo sentido, a la manera de Walter Benjamín, donde leemos los signos casi peatonales o los avisos comerciales y las direc-

ciones de la ciudad que llevan a interrogarla en sus diversos estratos y cortes históricos que anteceden, y, sobre todo, en ese presente que huye en el mismo acto, cuasi sagrado, de escribir. En una revista, al querer ser modernos, lo que hacemos es continuar la tradición de esos escritores que concibieron hace años exactamente lo mismo que se vislumbra ahora.

Ahora me refiero a *Babel*. Es inadmisibile que la historiografía en la ciudad no haya dejado de teorizar como refugio y haya dejado pasar de largo los momentos de esplendor de sus escritores. De una parte, es previsible en la ciudad donde el éxito se constituye en el cielo prometido y su adquisición se persigue al precio que sea, sin importar que para dar lumbre a esa pasarela portátil se blanquee o borre la historia. Por ese motivo, son contados los escritores que poseen ese reconocimiento, que es la presencia de su opus creativo; además, poco se sabe de ellos: en nuestra misma acedia, no se tuvieron en cuenta por una razón de rastacuerismo puro. A nadie se le ocurrió entrevistar a Carrasquilla; nadie conversó con un poeta brillante como Edgar Poe Restrepo y menos con Abel Farina; nadie entrevistó a María Cano que, además, es una gran poeta; la presencia de Edy Torres se esfuma y se pierde en la misma niebla de nuestra indolencia. De ahí que nos privamos de leer una conversación con estos escritores, conversación que no es un mero intercambio de palabras, sino una manera de resignificar los textos de quien los ha escrito para reubicar su presencia, para alejarlos del ocultamiento. Ellos no existen del todo en sus textos, ya que un escritor reside allí en una sola parte y esa sola parte que ellos guardan, a veces asoma en el diálogo como una pequeña aproximación a esas biografías posibles. De ahí que *Babel* adquiere un carácter peculiar: estudiar la obra de cada escritor y dar cuenta de un esbozo de su misma existencia, de su trasiego creativo. Además de saber esa definición del Medellín que en lo cotidiano construyeron en su interior.

Para algunos puristas, no interesa la vida personal de ellos, pero, y ese pero es una larga interrogación, de esas personas creadoras sí nos interesan su estancia y sus opiniones; en síntesis, lo que son como totalidad. Cuánto lamento no haber conversado con Rocío Vélez de Piedrahita, ni con María Helena Uribe de Estrada, autora de *Reptil en el tiempo*. Cuánto lamento no haber indagado sobre Dolly Mejía, no saber los caminos habituales de Amílkar Osorio, o haber indagado las locuras de Estanislao Zuleta realizando psicoanálisis casero, creando la confusión y el suicidio de algunas personas en su sede de Robledo.

Babel se regocija con los números monográficos para corroborar la contemporaneidad y valorar, y, sobre todo, ser cómplice de los escritores a quienes se les dedica la revista. Lo que implica cada número es leerlos, analizar sus textos, es visitarlos, es revisitarlos una y otra vez, es indagar por sus caminos creativos, la textura de sus trabajos en proceso. No haber entrevistado a Jesús Botero Restrepo, con quien sólo conversé alguna vez, ya alejado del mundo cultural, pero alojado en cierta bonhomía. No haber hablado con Ivo Romani, no haber entrevistado a la hermana de Edgar Poe Restrepo. No haberle preguntado por ese poeta único que es Abel Farina en la serena Medellín del 20. Como un agua fuerte del olvido y de la melancolía, ella en su cuarto, poseía un cuadro enorme de Abel Farina como el homenaje cotidiano y severo cuando la ciudad había repensado su cultura y se había convertido en un caos, y ella, en su remanso, no claudicaba en leer a su padre, en mantenerlo vivo en la opacidad de su cuarto, en su casa por una callecita de El Salvador, de esas que bordean el cerro con la estatua de Jesucristo que abrazaba a la ciudad, ahora perdida en el tumulto de casas y de edificios de apartamentos.

El continuo desprecio, el desdén como norma, han construido un vacío en torno de muchos

escritores y en general artistas, al no rescatar ni preservar documentos, fotografías, manuscritos, amigos cercanos como testigos, incluso testimonios, y, sobre todo, el Medellín que ellos definieron en su obra, las calles o lugares que les atravesó el duro corazón para escribir como una epifanía. Apenas una *Babel* dedicada a un escritor de la ciudad, intenta recobrar ese documento que es su vida al lado de tantos eventos que parecían insignificantes, pero que los particulariza.

En esta hora de septiembre Darío Ruiz Gómez debe urdir y escribir algún texto o ve una película en su apartamento de Suramericana. Omar Castillo en Cataluña, a lo mejor, busca a los poetas que tanto le agradan o indaga por una diferente forma de escritura. Óscar Castro, posiblemente, en su casa de Prado escribe algún cuento. Fernando Vallejo, a lo mejor inmerso en su escritura, anda pensando en una diatriba o tocando piano en su casa de Laureles. Olga Elena Mattei habita el corazón de Medellín en su apartamento del Parque de Bolívar mientras la poesía la habita. Bernardo Ángel en su rectitud y osadía ya no mora el Parque de Bolívar. Juan José Hoyos, en su indiferencia, a lo mejor termina su libro sobre Gardel en Medellín. Jaime Espinel sigue desalojado de todo y con su conversación única a flor de ron y humo. Memo Ángel camina por las calles de Prado llevando sus constantes reflexiones con un cigarrillo que lo acompaña y le sirve de guía. José Libardo Porras estará caminando las calles del Centro. Jairo Osorio continúa sin leer a los escritores de su generación por puro capricho. Jaime Jaramillo Escobar debe de estar encerrado en su casa por Lorena, aun sin alcanzar a entender por qué el nadaísmo evitó que el país literario cayera en el realismo mágico de pandereta. Reinaldo Spitaletta urde las nostalgias por el Poderoso DIM que pierde tan seguido y a ritmo de tango busca las fachadas e historias de Prado, y Alberto Escobar inicia la noche desde el Phylidor, posta que durará hasta el alba. Jaime Ja-

ramillo Panesso habita el territorio del tango en San Diego y sigue ejerciendo su dosis de poesía y política.

Babel ha intentado, de cierta manera, escribir sobre ellos en ese instante, que es un destello, con ese diálogo que es admitir esa contigüidad con la biografía que está por escribirse sobre esos artistas. Hasta el presente, lo que conocemos son las publicaciones de cada uno, pero no su rostro y su discurrir a medias, ya que en sus libros apenas se entrevé ese secreto tan personal, para así escrutar su presencia. Wilde decía que la biografía de un escritor está en sus ensayos, lo cual no deja de ser una frase de relumbrón. Considero que al escribir hay que preguntarle en viva voz sobre su obra, ahí reside en su palabra la propia creación ya que el diálogo es irrepetible, es la misma creación *in situ*.

Babel intenta desprenderse de ese insolente desprecio por la literatura, en la forma precaria de admitirla por estos pagos, y en esta manera de inquietarse cuando, un puñado de escritores redescubre la palabra para pensarse, pensar y auscultar las esquinas y bares, pensiones y cines, plazas y calles que los rodean. Y, por supuesto, establecer un diálogo con esos escritores que habitan la ciudad, lejos, lejísimos de los empresarios de la cultura *fashionable*, es decir, del entretenimiento, donde solo hay un tema, lo que ellos llaman la actualidad, aquella de exponer las llagas, la sangre y la mafia y su carácter miserable con sus miles de tentáculos como epítome, es decir, exhibir a los iconos de la bajeza. Por esa razón *Babel* busca que la palabra de esos escritores, en su innegable trasiego, perdure en esta pequeña pero amorosa cercanía: su diálogo esencial, la médula de su escritura y su vehemencia.

Víctor Bustamante es poeta, narrador y ensayista. Fundador y director de la revista *Babel*, ha publicado dos novelas y cuatro libros periodísticos y biográficos.